



LA MADONA
DE NOTRE-DAME
Alexis Ragougneau

Siruela/ Policiaca

norteamericana torturaba la tecla de devolución del cambio. En el coro, la misa seguía su curso. Con su voz metálica y autoritaria, el padre Kern declamaba la homilía del día, sumiendo la catedral en un silencio respetuoso. Mientras abría la compuerta de la máquina distribuidora de medallas, y las monedas bloqueadas caían una a una, como al fondo de una hucha, Gérard miró de reojo a la joven vestida de blanco. Estaba ahí, no se había movido, seguía con los pies muy juntos y las manos unidas sobre los pálidos muslos. Fuera de la catedral, en su ascenso en el horizonte el sol golpeaba de lleno el eje de la capilla y, atravesando la vidriera oriental, empezaba a bañar el rostro diáfano de la joven con un halo rojo y azul digno de una madona de Rafael. Inmóvil en su banco reservado a la oración, protegida por

un cordón que la aislaba de los visitantes y le confería la apariencia de una reliquia sagrada, la joven observaba la estatua de la Virgen de los Siete Dolores con una mirada extrañamente vacía.

Gérard cerró la compuerta de la máquina dispensadora de medallas y dio unos pasos inseguros hacia la muchacha de blanco, pero la turista norteamericana se le adelantó. Sacó un billete del bolso, lo metió en la ranura del expositor y cogió cuatro cirios que colocó en hilera en la bandeja vecina antes de encenderlos uno a uno. Su luz titubeante terminó de iluminar el rostro de la madona.

La turista se santiguó y luego se acercó al banco. En un murmullo marcado por un fuerte acento le preguntó a la joven de blanco si podía sentarse a su lado para rezar. Esta, invariablemente inmóvil, con la mirada fija

como un imán sobre la estatua de la Virgen de los Siete Dolores, no se dignó contestar. La norteamericana, tras repetir su pregunta, que tampoco esta vez obtuvo respuesta, acabó por colocar las posaderas en el banco, cuya madera crujió ligeramente por el esfuerzo. Entonces, como a cámara lenta, como en una pesadilla surgida de lo más hondo de la noche, la madona blanca movió lentamente la cabeza. Su barbilla se apoyó en su pecho, y, suavemente, casi con gracia, su cuerpo entero se inclinó hacia delante antes de desplomarse sobre el suelo.

Entonces la norteamericana gorda se puso a gritar.

* * *

—Seguramente se cayó cuando el *rigor*

mortis empezó a atenuarse. Hasta ese momento, tu clienta se había estado quietecita y bien tiesa en el banco.

El forense se quitó uno de los guantes de látex y se rascó la cabeza antes de proseguir.

—¿Espero al fiscal o empiezo ya?

En respuesta a la pregunta del forense, Landard se sacó una cajetilla de Gitanes del bolsillo de la cazadora, se llevó un cigarrillo a los labios y, echando una mirada en derredor, renunció momentáneamente a encenderlo.

—Dale tiempo para cruzar la explanada. A lo mejor la pobrecita no está acostumbrada a caminar.

—¿Se sabe quién está de guardia?

—Pues sí. Es esa jovencita, esa con aires de *vedette*...

—No sé a quién te refieres.

—La rubita esa de gafas... Esa que tiene unas piernas que quitan el hipo...

—¿Kauffmann?

—Sí, eso, Kauffmann...

—Mona, fría como el acero y severa como la Justicia. En el Palacio, ni siquiera los más hábiles han conseguido invitarla a una copa.

—¿Boyera, tú crees?

—No sabría decirte. En cualquier caso, se conoce todas sus causas al dedillo. Y rara vez se le acumula trabajo.

Surgido como un eco a la valoración del forense, en el deambulatorio resonó entonces un rápido taconeo. La joven cruzó el grupito de técnicos forenses, vestidos con monos blancos, que precisamente esperaban la llegada de la fiscal para empezar a trabajar, y se dirigió hacia las lonas que protegían la escena del crimen.